

## SUSTANCIA VIVA DE MATERIA MUERTA EN LA OBRA DE PEDRO COBOS

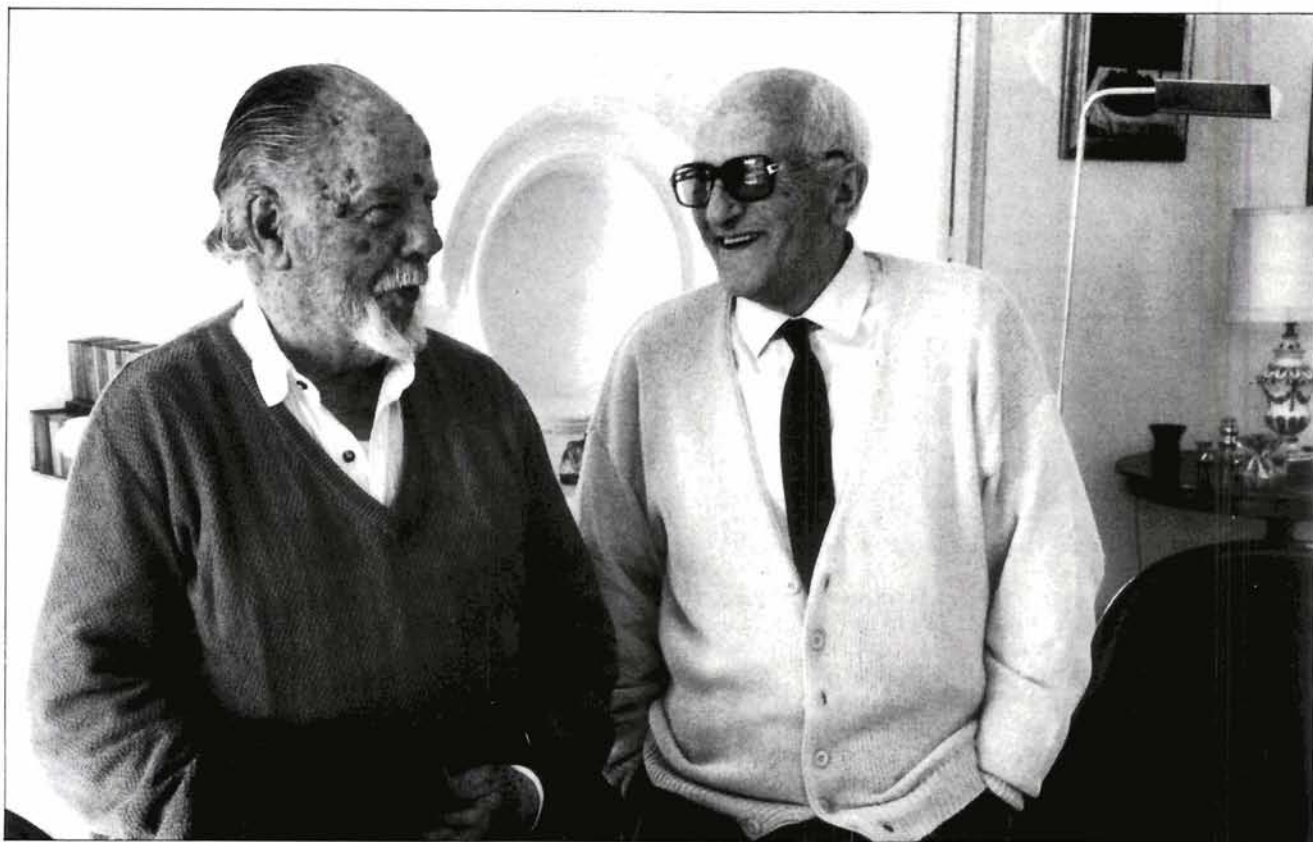
RAMÓN JIMÉNEZ MADRID

**H**AY tantas poéticas como escritores y es hasta posible encontrar escritores sin poética. Como oficio presto a la inspiración becqueriana, el artista bien puede aguardar el trallazo de la intuición o de la inspiración, como acogerse al amparo de razones ya emitidas con anterioridad. Unos acuden a su capacidad de invención así como otros se surten de historias y motivos con el objeto de establecer variantes, de matizar o ampliar las ondas de un concepto tras la oportuna manipulación. Hay escritores que viajan al filón inagotable de su propia imaginación como los hay que bucean en la cuna de los libros para escarbar en el granero universal de la

en contar romances, pregones de ciegos, historias que, inevitablemente, después, he ido encontrando en *La vida perdularia* o en *¡Ay de mi Albama!*

Una de las parcelas más interesantes de la actividad creadora de Pedro Cobos era la fuerte oralidad de su literatura, faceta que ha penetrado inevitablemente en su escritura. El discurso suelto, vivaz, con un desparpajo inusitado, puede partir del fuerte influjo celiano pero, sin duda alguna, procedía de la misma realidad literaria de su creador, criatura amante de lo castizo, de lo popular y de todo aquello que suponga no perder de vista que la literatura es ante todo comunicación.

Mantenia, como decimos, maneras juglarescas, au-



Con Ramón Gaya en el salón de su casa. El Verdolay. (Foto: Antonio Ballester)

república de las letras. Unas veces el creador se comporta como un pequeño o gran Dios y otras parte de hechos vividos o leídos.

Pedro Cobos, y lo he dejado dicho en alguna parte, era un auténtico juglar que pregonaba noticia de todo aquello que conocía. Como vecino que era, en no pocas ocasiones me tropezaba con el narrador ya desaparecido en cualquier esquina de Jaime I, Alfonso X o Gregorio Marañón. Inevitablemente Pedro Cobos, de conversación suelta y afable, se engarzaba

mentadas por su especialísima y divertida manera de enhebrar una historia con otra, como un manantial inagotable. De su fuente manaban incesantemente anécdotas, dichos, historias, retazos perdidos de la vieja procedencia que eran acompañadas por unas manos que hubieran precisado de una guitarra o de un instrumento musical para asemejarse a los viejos copleros de otras calendas.

Pero Pedro, contador infatigable de sucesos de putas y cabrones, demostraba siempre sus dotes ex-

cepcionales para mantener siempre la dignidad precisa. Su verbo —más tarde convertido en palabra escrita— procedía de fuentes seguras, de hechos pintorescos que ha ido extrayendo del filón inagotable de los libros, sus grandes compañeros, sus grandes amigos. Pedro Cobos —Perico para mí siempre— era un señor culto, heterodoxo, sensible, que hallaba placer en convertir en ameno deleite los sucesos que había ido encontrando a lo largo de un camino sembrado de lecturas. Pedro había tomado partido por hacer de la materia muerta, empolvada y olvidada en los anaqueles de los archivos, sustancia viva de nuestras vidas. Por las páginas de sus libros —no propiamente novelas— desfilan hechos nimios deformados por el esperpento de su crítica, por el acerado bisturí de su gracia y donosura. Pedro, recopilador de noticia muerta, vivifica unos sucesos a través de un texto enjundioso por el contenido o pícaro por la exposición.

Su norte es dar vida a aquello que yacía empolvado, enmohecido, sin viveza. Su estilo, tan consustancial con su persona, ayudaba mucho para dignificar unos hechos que descansan sobre todo en el peculiar tratamiento al que eran sometidos. Los hechos pretéritos le servían a Pedro Cobos para todo. Unas veces para simplemente narrar hechos divertidos, amenos, que invitan a la simple sonrisa. Contador infatigable, como queda dicho, puede rastrearse en su obra la huella de mil libros que ha leído y que el mismo autor se apresura a citar. la relación intertextual —Genette utiliza otras denominaciones en Palimpsestos que rehuyo citar— es frecuente en autor apegado a la tradición y a la cultura. Su condición de profesor de Historia en la Universidad debe citarse a este respecto. Su situación profesoral fue antecesora a su manifestación artística.

Pero Pedro Cobos utilizó la historia no sólo como

simple pasatiempo o refugio de navegantes. Su poética pasaba por satirizar hechos idos como parábola del tiempo presente. Su carácter heterodoxo, su condición marginal —a veces contradictoria—, le servía para zaherir situaciones del presente. Sus ataques contra el fanatismo, la intolerancia o la estupidez procedían de una reposada decantación de principios basados en la libertad total, a veces rozando casi el anarquismo estético y vital. Pedro Cobos manipulaba el pasado para regocijo de un presente y expresión de un futuro que él deseaba libre de toda traba, corsé o costurón.

La vida perdularia es ejemplar a este respecto. En ella se puede encontrar, junto al mapa literario de la provincia de Murcia, la anulación del tiempo. Los sucesos que se narran del pasado le valen para reír o para fustigar, para herir o soñar. Pedro se mueve, como en un poliedro, con cara amable o severa, risueña o grave. Puede ser erótico, pícaro, libertario o puede trocarse en censor de pasadas actitudes. El universo narrativo de Pedro Cobos se alimenta, como ha quedado reflejado, de un sinfín de historias que existían, que yacían escritas en libros raros, poco gastados por el uso. Pedro, con su peculiar sentido estilístico, procuraba a través de su prosa vivaz, mantenerlas en vilo, presentarlas como nuevas, dotarlas de autonomía plena y tratarlas como si se estuvieran creando en ese mismo momento. Y, en verdad, así sucedía.

Judíos, moros y cristianos se dan la mano en una cultura nueva a través de un código personal e intransferible. Al someter a manipulación la materia muerta, la sustancia que deja se vivifica por el raro talento de un artista popular y culto a un mismo tiempo.

